



Educación y globalización.

Pablo Huerga: *El fin de la educación. Ensayo de una filosofía materialista de la educación*. Edita Eikasía / Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM). Oviedo. 2009.

Francisco Gil

Parece que la *infodemia* “crisis de la educación pública” no esta teniendo, tan siquiera, las secuelas seudopositivas asociadas a estos fenómenos *massmediáticos*, su cara amable; rellenar las librerías –y *supermercados*- con títulos que reflexionen, más allá de la sentencia judicial, el argumentario partidista, la ecolalia de tertuliano y *las-cartas-al-director*, sobre el inevitable conflicto derivado de la contradicción antagónica (¿funcional-estructural?) entre educación PÚBLICA (universal) y globalización.

Tras los sucesivos simulacros de acuerdo/desacuerdo escenificados por la Administración y la oposición parlamentaria, en especial la oposición “conservadora”, a cuenta de, por ejemplo, los resultados estadísticos tipo *Informe PISA*, leídos siempre intencionadamente como la deseada confirmación del “fracaso de las políticas públicas” en EDUCACIÓN, (existen, y están al alcance de cualquiera en Internet, numerosas interpretaciones de dicho informe *más* objetivas, que desmienten el *story telling* derechista) hemos asistido a la re-apertura de los *debates trampa* estilo “calidad” o “fracaso”, “excelencia” o “masificación” – es decir; *masa o élite*. En este sentido, es sintomático la formulación del problema en los *think tanks* neoliberales. El tratamiento que los interpretes ideológicos de los diferentes grupos de presión hacen de la “situación” se esquematiza rápidamente en el binomio maximalista buenos/malos; el profesorado aparece como un colectivo apocalíptico y los gestores políticos como integrados, o viceversa -dependiendo de quién los catalogue. El alumnado es tomado como rehén usando esa lógica pequeñoburguesa de primar “la tradición y el sentido común” por encima de cualquier proyecto pedagógico.

Si no había suficiente con la campaña de criminalización del alumnado y desprestigio del profesorado realizada desde los sectores pro-privatización, la Administración se embarca en aventuras curriculares y aumenta el control burocrático sobre los trabajadores y trabajadoras de la enseñanza. Sumemos, también, al ruido mediático el espectáculo



debordiano de la implantación de una pseudo-asignatura como *Educación para la ciudadanía y los Derechos Humanos*(sic) ha colocado, brevemente, en el escaparate de los medios de comunicación de masas uno de esos temas en los que, casi, cualquiera (véanse al respecto las agudas reflexiones de monseñor Martínez Camino) tiene una opinión predeterminada socialmente: la educación.

Tras el clímax mediático y la resaca institucional del pasado curso (2008/2009), aparece El fin de la educación -título que parece jugar con las dos vías interpretativas que sugiere y con la referencia al viejo panfleto de Fukuyama. El juego referencial del título nos proporciona la excusa perfecta para conectar este Ensayo de una filosofía materialista de la educación con aquel panfleto publicitario del Nuevo Orden Mundial donde el inefable Fukuyama, (El fin de la historia;1992) establecía, avant la lettre, los tropos discursivos que inauguraban la agenda del neoliberalismo promotor de la, hoy incuestionable, globalización -y de su(s) crisis. El sobre-interpretado, y escasamente analizado, texto de Fukuyama no presentaba, como algunos han pretendido adjudicarle, la tesis de la disolución del Estado, sino su transformación en aparato institucional del MERCADO global -su conversión en marco jurídico-político del capital transnacional. Según la mitología neoliberal norteamericana, el Estado aparecería como una pesada herencia de los procesos de modernización europeos, completamente ajenos a las “esencias” norteamericanas, que si bien realizo su función –Fukuyama se autopresentaba como un neohegeliano-, resultaba ineficaz en el nuevo escenario mundial que dibujaba el colapso del proyecto socialista soviético. La mayor parte de este trabajo de Fukuyama resultaba, al final, una superficial legitimación de la Administración Reagan, sin embargo, hay claves dentro de esta obra que nos permiten rastrear como ha ido evolucionando la reflexión política internacional entorno al papel del Estado (y sus instituciones) bajo el capitalismo -en su fase de globalización. Un buen resumen de cómo ha actuado el texto de Fukuyama durante estos años se podría resumir en una cita de Bourdieu: “Se oye decir machaconamente —y es lo que crea la fuerza de este discurso dominante— que no hay oposición posible a la visión neoliberal, que se presenta como algo evidente, contra lo que no cabe ninguna alternativa. Si esta idea se ha convertido en tópico generalmente aceptado es porque existe todo un trabajo de inculcación simbólica en la que participan los periodistas o los simples ciudadanos de manera pasiva, y, sobre todo, cierto número de intelectuales de forma muy activa”.



Existen diferentes motivos para celebrar el significado social y político que tiene la aparición de este trabajo de Pablo Huerga en las librerías. La serie de acontecimientos relacionados con la educación, a escala global, que lo preceden; desde los disturbios de diciembre en Grecia a los de Barcelona en marzo, pasando por los de París, México, Buenos Aires, etc., trazan el esbozo del nuevo escenario en el que se está desarrollando el conflicto entre educación y globalización. Una razón añadida para la lectura de este texto es su interés como material para la reflexión rigurosa y sistemática de la problemática latente previa al estallido social de la contradicción. El acierto de los editores al aprovechar la coyuntura de revolución y/o reforma en la que la educación pública se ha instalado, mundialmente, es innegable. El momento de publicación resulta más apropiado en el caso español dada la perspectiva que presenta el próximo curso: Un curso, 2009/2010, que viene marcado por la mayor reforma del sistema de acceso a la docencia (el sistema de concurso-oposición en diversos cuerpos) del periodo democrático, y que contiene una serie de novedades que incluye la aparición de la obligatoriedad de realizar un master público-privado para la habilitación del futuro profesorado -lo que tendrá importantes repercusiones en nuestro sistema educativo. La importancia del texto aumenta, aún más, cuando la apuesta por esta temática -tan escasamente representada en las editoriales de tendencia crítica y con un catálogo de títulos muy extenso en otras materias igualmente marginales-, corre de parte de una pequeña editorial de recursos limitados y localización periférica como Eikasía. En este contexto, un trabajo de las características de *El fin de la educación* adquiere una proyección de mayor trascendencia social y significación política.

El fin de la educación supone el tercer trabajo largo de Pablo Huerga Melcón y presenta un exhaustivo inventario de los elementos problemáticos que contiene la globalización realmente existente en su relación con los sistemas de educación pública estatales vigentes. Huerga ha realizado un minucioso análisis de arqueología educativa que parte de la filosofía materialista de la historia para trazar este *Ensayo de una filosofía materialista de la educación*. Con una profunda reconstrucción de la genealogía de la materialización de la idea de educación, desde la época clásica hasta la actual globalización capitalista, Huerga traza el mapa de la cuestión con una precisión poco habitual en este tipo de trabajos. El eje central de esta cartografía del conflicto entre globalización y educación se dibuja sobre la persistente licuación del Estado a la que la globalización está sometiendo a las sociedades políticas. El resultado final es lo que Huerga piensa en términos de interconexión



entre globalización forzosa -y acelerada del capital- y liquidación por inanición de los Estados-nación. Este ensayo no trata, afortunadamente, de si el objetivo de la ideología subterránea de la globalización es privatizar y/o subcontratar (concertar) la red pública educativa, ese fenómeno ya es un hecho -consensuado a diversos niveles con las diferentes Administraciones (véase el paradigmático caso de Madrid y sus variantes nacionalistas)- sino de pensar como se formaliza este cambio sistémico de la tradicional red pública a la educación diferenciada, a esa educación personalizada configurada en función de la renta de cada cliente del sector educacional. En este aspecto, la capacidad de síntesis de Huerga es ejemplificante: *“Los nuevos ideales, la nueva ideología, la nebulosa ideológica del consumo empieza a impregnar el sistema educativo en los países más desarrollados. Todos los gobiernos, también el español, aprovechando su legitimidad hegemónica heredada, comienzan a insertar un discurso autoliquidador, que alimenta la noción de sujeto flotante, sujeto consumidor, y que centra la formación del individuo en la capacidad de elección, y en la educación como consumidor responsable. Este es el núcleo del programa europeo de Educación para la ciudadanía que se propuso a todos los países, y que estos han ido integrando en los nuevos sistemas educativos”* (pp. 166-167).

Probablemente existe un colaboracionismo silencioso, oculto bajo diversas manifestaciones de cinismo, escepticismo o *falsa buena conciencia* de todos los agentes implicados en esta rápida entrada del sistema educativo en su fase de reconversión productiva. Esta cooperación necesaria, generalizada, en las políticas de desmantelación del sistema educativo público se debe más a una coincidencia puntual de intereses heterogéneos que a una conciencia ideológica. Huerga plantea seriamente la cuestión en los siguientes términos: *“Las nebulosas ideológicas envolventes nunca han sido tan férreamente coherentes como para evitar en quien las acepta o las <vive>, un mínimo distanciamiento crítico y, por ello mismo, un cierto grado de <complicidad> -podríamos decirlo así- con su estado”* (pp.11) Aunque la cuestión de la cooperación ideológica es epistemológicamente compleja, una problemática en la que intervienen múltiples vectores socioeconómicos, es indiscutible que el simulacro de resistencia a lo que se vislumbra como una cancelación del modelo de enseñanza pública “obligatoria y gratuita”, por parte de los agentes reactivos, no es tanto una defensa del modelo público en-sí, como una toma de posición frente a las potenciales pérdidas de autonomía y capacidad de intervención; de competencias. Es decir, las hiperpromocionadas innovaciones educativas y reformas legislativas que permanentemente se presentan como *el bálsamo de fierabrás*, (reacuérdense las diferentes leyes a las que nos hemos enfrentado en los últimos



años) no son más que una negociación permanente entre los diversos actores que gestionan las híbridas áreas del sistema educativo. El Estado funciona en esta coreografía como mediación entre los sujetos productores de conocimiento (docentes y alumnado) y el nuevo agente dinamizador de la educación; la empresa.

Es obvio que bajo la hegemonía ideológica del neoliberalismo se han ido debilitando los diferentes aspectos sociales del Estado hasta su semi-extinción, en algunos casos (la Europa continental), o su supresión (caso de los países subsidiarios de las economías dominantes). La devaluación permanente de los servicios públicos del heredado Estado del bienestar, su recorte constante tras el final de la guerra fría, ha llegado, finalmente, a la Educación –en toda su amplitud. El diagnóstico de Huerga es demoledor: *“En definitiva, es la propia voluntad de privatización de los servicios públicos, establecida en los programas de globalización actual, la que instrumentalizada todas estas nuevas ideas educativas en caminos y argumentos para la privatización”* (pp.157). La globalización es una patología y sus efectos parecen traducir el deseo inconsciente de las élites de subsumir el sistema público bajo la hegemonía del MERCADO. Si durante el período posterior a la segunda guerra mundial (con la “amenaza” soviética en el horizonte de posibilidad) se estableció una especie de cuarentena preventiva entorno a los cimientos estructurales del Estado –Huerga, en línea con Marx(1883), Bourdieu(1964), Willis(1978) y otros, no olvida que el hecho de que la educación se presente como pública no garantiza la real “igualdad de oportunidades” dentro del sistema educativo- que posibilitaba que los discursos más agresivamente antisociales quedasen neutralizados por una fuerte campaña de defensa los bienes comunales orquestada a nivel internacional por la socialdemocracia, temerosa de la potencia social de la izquierda revolucionaria, con el cambio de paradigma que supone el colapso de la URSS y la derivada hegemonía ideológica del neoliberalismo, asistimos a la recuperación del programa anti-Estado propio de las élites decimonónicas dominantes.

Cada una de las piezas que componen el sistema público, el sistema de garantías mínimas impulsado por la negociación entre clases en los ciclos de lucha obrera, se esta desmantelando y poniendo a la venta en el MERCADO. La educación, también. En definitiva: La globalización ha puesto al Estado entre paréntesis. Ahora es el momento de pensar las posibles consecuencias de la globalización en la educación: *“Y este es el planteamiento de nuestro ensayo; afrontar un análisis filosófico materialista de la educación, para, desde él,*



reconstruir en los términos de la teoría resultante, el problema de la globalización y su papel en la propia educación” (pp.13).

La situación actual de la educación es diferente, en todos sus aspectos, a las anteriores por dos motivos fundamentales: *a)* La escuela ya no posibilita un contexto integrador que genera una socialización de masas, al contrario, consolida los efectos de la marginación extraescolar, y *b)* dentro del sistema escolar no se disuelven los conflictos de clase, al contrario, se agudizan las contradicciones entre la clase obrera en pauperización/precarización creciente (mayoritaria) y la clase obrera en ascenso socioeconómico/político (minoritaria). Además, las contradicciones se amplían a toda la estructura escolar por la necesidad de legitimación del sistema como aparato, es decir; se instituye una falsa separación entre política educativa y política electoral (véanse los esfuerzos de la ideología dominante por llegar a un “Pacto de estado por la educación” entre los partidos mayoritarios) que pretende generar la ilusión mediática de que la educación esta al margen del conflicto entre modelos de gestión política y se debe regular siempre en función de criterios “objetivos” –pedagógicos, dirán los gestores partidistas. Pero el sistema escolar es, siempre ha sido, una precisa caja de resonancia del sistema político, y en consecuencia, no se pueden “corregir” sus desajustes desde dentro. La simple idea de cambiar el modelo educativo al margen de un cambio social profundo es de una ingenuidad que roza el absurdo, por decir de un cinismo que se recrea en la ignorancia. Los denominados *problemas fundamentales del sistema educativo* –público-español (abandono y fracaso escolar) no son más que la expresión del fracaso del modelo de gestión de los servicios públicos, en general, en el capitalismo tardío. No fracasa el alumnado, es el propio sistema el que esta en cuestión, el que fracasa en su función de *aparato ideológico de estado* (de AIE en términos estrictamente althusserianos).

La necesidades productivas del CAPIATAL en el *sistema-mundo* no concuerdan con las habilidades que el sistema escolar publico –y universal- ofrece a sus *clientes/as*. Quizás el capitalismo global no tenga respuestas contundentes, sólo algunas soluciones parciales y de



urgencia, a la “crisis del modelo educativo”; 1) La segregación socioeducativa en función de la renta (de situación) 2) La desarticulación del sistema educativo público -y universal- y 3) La reconversión de la educación en un sector productivo *directo* dentro de ese constructo legitimante de la instrumentalización del conocimiento denominado I+D+i. Podríamos ir dibujando más escenarios potencialmente “apocalípticos” para la idea moderna de educación, pero me remitiré a la paradoja que señala Huerga: *“La paradoja resultante es: la universalidad real de la enseñanza requiere un sistema público y nacional de educación. En cambio, la globalización sólo es posible mediante la privatización radical, a la que contribuye la red privada y concertada...”* (pp.37) Y por tanto, el principal conflicto educativo en la globalización se produce entre el modelo educativo histórico, subalterno de los Estado-nación, y el nuevo paradigma neoliberal, identificado en las empresas multinacionales, que impone una educación privada -e individualizada- a la medida de unas élites económicas transnacionales.

Existe un amplio consenso en que estamos asistiendo a un cambio sistémico, profundo y sin retorno, la cuestión, pues, es; *“¿en qué medida puede afectar la globalización, como fenómeno histórico en marcha, incluso como ideología, a la educación?”* (pp.13) A mi juicio, las potenciales respuestas a esta cuestión debemos buscarlas en la historia de la realización de “la idea de educación”. Como ya señalasen Marx y Engels, *“en la sociedad burguesa el pasado domina el presente”*. Huerga es plenamente consciente de ello, y en consecuencia, la arquitectura de su ensayo parte de un profundo análisis histórico de la materialización de la idea de educación: *“Una idea materialista de la educación, por tanto, debe de estar sostenida sobre una filosofía materialista de la historia, si bien entenderemos que una filosofía materialista de la historia no debe ser reduccionista, ni debe pretender apoderarse de leyes o devenires necesarios como destino de la Humanidad”* (pp.8) Esta declaración de intenciones obtiene un óptimo resultado en el análisis de precisión que realiza Huerga del fenómeno de la educación como proceso social que se materializa en las sociedades como una necesidad histórica en la construcción del estado.

Pablo Huerga gestiona con gran habilidad la contradicción entre Educación y Estado: *“No hay estado moderno que no tenga en su haber un saldo abundante de víctimas de represiones políticas contra las instituciones educativas. En las sociedades políticas la educación no cumple necesariamente con el fin de la conservación del <buen orden>, aunque lo busque en sus programas, lo que no deja de ser una paradoja”* (pp.23) Esta contradicción se arrastra por todo el texto bajo diversas formas, y quizá sea la cuestión que resulta menos



transparente a la incisiva mirada crítica del autor. Si bien es cierto que el trabajo de Huerga detecta las diferentes morfologías del problema que plantea la globalización como “modelo civilizatorio” al aplicarse a la educación, no extrae, a mi juicio, todas las potenciales conclusiones que su hipótesis pone en juego. La falta de un análisis de la *reproducción*, del papel que la educación juega en la cuestión de la reproducción es, quizá, la única cuestión de relevancia que, personalmente, hecho en falta en este trabajo. Se puede disculpar esta falta leve si entendemos la extensión del texto (no llega a doscientas páginas) y su propia nomenclatura de ensayo. Pero sorprende más, quizá, por la capacidad exhibida por Huerga para exponer un catálogo de cuestiones fundamentales, y su análisis minucioso, que el autor pase por alto la temática, clásica para el análisis marxista y sociológico de la educación, de la reproducción ideológica. Un ejemplo de esta capacidad para inventariar los problemas centrales, de la gran perspicacia de Huerga para conquistar puntos de vista privilegiados y terrenos de gran valor gnoseológico, es su magistral exposición de las relaciones entre sujeto, sociedad y educación en la globalización: *“El fin de la educación significaría el fin de la libertad y de la sociedad de personas. Pero también a la inversa, si la formación de la persona a través de la educación sólo es posible en el medio envolvente de las sociedades políticas, de los estados, la disolución de los estados que promueve la globalización pone en peligro precisamente la existencia de la propia educación pública tal como aquí se ha definido, y de la persona, como un fruto genuino”*(pp.29). La educación en la globalización ha de pensarse como parte de este programa de reconfiguración de la totalidad social bajo la hegemonía indisputada del capitalismo. Por tanto, cuando Huerga se plantea la cuestión de la persona, lo que se pone de manifiesto es lo impersonal del proceso globalizador. La globalización no está sujeta a la escala humana, subjetiva, individual, estatal o nacional. Se mueve con parámetros diferentes a los que las sociedades políticas articulan sus sistemas educativos locales. Hasta ahora el choque frontal, el “choque de civilizaciones” de Huntington(1993), que dotaba al argumento de Fukuyama de un horizonte de posibilidad, no se ha producido. Hemos asistido a las confrontaciones periféricas, a los “daños colaterales”, del proceso de globalización en marcha. La cuestión, una vez más, es ¿cómo evolucionará la globalización y cuáles serán sus implicaciones para el desarrollo de las sociedades políticas nacionales?

En el actual contexto, en las *sociedades líquidas*, la educación se convierte en una mercancía cuya producción está sometida a las necesidades sistemáticas que se derivan del proceso, irreversible, de globalización. Interrogarse por el sistema educativo, por sus funciones y efectos sobre la sociedad, es preguntar por el papel de la educación, como *capital cultural*,



en el modo de producción que la globalización impone: *“En todo caso, lo que actualmente se discute en el debate entre enseñanza pública privada o estatal no es la libertad, sino la cuestión de las condiciones de posibilidad de esa libertad. Decir que la enseñanza privada garantiza la libertad es una afirmación absurda, y sólo tiene sentido para las élites y los aspirantes a formar parte de la élite”*(pp.69) Efectivamente, lo que realmente está en juego en el actual debate sobre el carácter público –y universal- de la enseñanza es la propia estructura de las sociedades capitalistas en su fase post-industrial. No es suficiente asumir “la necesidad de un cambio de modelo productivo” sino se extraen todas las consecuencias que eso conlleva –en primer lugar, en el sistema educativo público. Asistimos a un momento histórico en el que el “conocimiento” se ha convertido en una fuerza productiva estratégica para la supervivencia del capital, potencialmente accesible para las masas ortegianas pero efectivamente (o funcionalmente) monopolizado por las élites. Lo que la educación supone en esta confrontación entre masa y élite, entre trabajo y capital, es la lucha de clases por el conocimiento social, por el control y gestión del *general intellect* y sus potencias políticas.

En la globalización la batalla de la educación no es un combate por el derecho moderno ilustrado de acceso a la enseñanza, sino por control del conocimiento como fuerza productiva y su gestión como medio de producción. Huerga ha sido valiente al abrir el campo de la educación, ese territorio inundado de discursos idealistas y seudoteóricos, a *“un análisis filosófico materialista de la educación, para, desde él, reconstruir en los términos de la teoría resultante, el problema de la globalización y su papel en la propia educación”*(pp.13)

Ciertamente el problema es complejo, pero mientras el análisis se enfoque hacia dentro de la escuela y no hacia fuera, hacia el cambio social derivado de la globalización, sólo tendremos respuestas izquierdistas a preguntas trampa. Los “problemas” del sistema educativo son un reflejo de las contradicciones sociales que estructuran el tejido escolar. La escuela es un espacio de amplificación del conflicto, no un agente productor del mismo.